

Concurrimos hoy a este acto organizado por la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), para aunarnos al desagravio que con razón se ha querido realizar a nuestra Casa de Estudios, al cumplirse 10 años del que quizás sea el episodio más triste y deplorable que ésta haya vivido a través de su larga historia.

Pero junto a dicho desagravio, FEUC nos ha convocado también a reafirmar nuestra fe y nuestro compromiso activo con los sanos y auténticos principios universitarios y patrióticos que, bajo las banderas del gremialismo, hemos enarbolado desde entonces con inalterable fervor y perseverancia.

Nuestra palabra no surge hoy limitada por una nostalgia que sería anacrónica, ni tiene la intención de reabrir heridas que siempre resultan dolorosas. Ella brota del deber de enfocar el presente y de proyectar el futuro, teniendo siempre el coraje de asumir con realismo las experiencias del pasado, más aún cuando por ser éstas muy recientes, constituyen el único medio racional de entender lo que hoy vivimos, y de evitar que mañana reaparezcan bajo apariencias seductoras, los mismos engaños que ayer nos condujeron al caos.

Hace 10 años atrás, el 11 de Agosto de 1967, esta Universidad fue cerrada por la violencia de un grupo que, bajo el patrocinio oficial de la Federación de Estudiantes de la época, dirigida entonces por la Democracia Cristiana, consumaba así la primera "toma" ilegal e injustificada de un recinto, como medio de presión para obtener que se accediera a exigencias que no aparecían respaldadas ni por la razón ni por la justicia.

El hecho produjo explicable conmoción en la ciudadanía. Pero en verdad, él representaba sólo la culminación de una conjura largamente preparada, y sólo el inicio de un proceso cuyos verdaderos designios eran muy diferentes de sus meras apariencias.

Ya en la inauguración del año académico de esta Universidad, en 1966, el Canci-



ller de la época, don Gabriel Valdés, había señalado que nuestra Casa Universitaria debía asumir un compromiso con la llamada "Revolución en Libertad" que auspiciaba el Gobierno demócrata-cristiano, dado que treinta años antes, era en esta Universidad Católica donde había surgido una juventud rebelde, encabezada por quien en 1964 llegara a la Jefatura del Estado, y de la cual formaban parte muchos de los colaboradores más directos en su gestión gubernativa. Este antecedente servía para extraer la conclusión de que nuestra Universidad debía transformarse en una suerte de órgano del Partido y de instrumento del Gobierno que en ese instante conducían los destinos del país.

Un año después, la agitación provocada por la Federación de Estudiantes de aquel entonces, había alcanzado los claros signos de una revolución destructora, que aunque invocaba propósitos de Reforma Universitaria que en muchos aspectos suscitaban un consenso general, demostraba no querer ningún avance pacífico y maduro hacia ellos, sino que en realidad sólo los utilizaba como fachada encubridora de sus verdaderos objetivos.

La más clara prueba de lo anterior, fue el hecho de que el jefe de la rebelión político-estudiantil, Miguel Angel Solar, participó en la elaboración de un nuevo Reglamento universitario detenidamente preparado por el Consejo Superior de nuestra Universidad durante 1967, documento que a la fecha de la ocupación violenta de esta Casa, ya se encontraba definitivamente aprobado, esperando sólo la ratificación pertinente de la Jerarquía Eclesiástica. Jamás se alzó la voz del señor Solar para objetar su texto durante las discusiones, razón por la cual su descalificación posterior del mismo, sirvió para delatar al movimiento que él encabezaba en su verdadero carácter.

No era extraño que procediera así quien, poco antes, el 5 de Julio de 1967, había declarado solemne y públicamente: "No nos importan los principios".

La Reforma Universitaria no era más que un pretexto, e incluso la voluntad declarada de conseguir el cambio de las máximas autoridades de la Universidad,



tampoco reflejaba fielmente la raíz profunda del movimiento revolucionario, ya que era de público conocimiento que el período de todas ellas caducaba a fines de ese mismo año 1967, y que las nuevas autoridades serían elegidas conforme al nuevo Reglamento, que confería amplia participación al profesorado.

¿De qué se trataba entonces? ¿Cuál era la verdadera inspiración de ese movimiento?

Los hechos y el tiempo lo irían demostrando gradualmente.

Se trataba, en primer término, de derribar por la fuerza al entonces Rector y Gran Canciller de la Universidad, Monseñor Alfredo Silva Santiago, impidiendo la sucesión pacífica y normal de dicho cargo.

Se trataba, enseguida, de abrir paso a un movimiento que arrasara con todo principio de orden o jerarquía, y que impusiera la violencia y la asonada como método legítimo y eficaz de acción pública.

Se trataba, finalmente y por sobre todo, de echar las bases de un entendimiento cristiano-marxista, que privara a la fe cristiana de su consecuencia natural de ser el dique más infranqueable para el comunismo, desfigurándola cuanto fuese necesario para transformarla en puente de plata hacia el triunfo marxista en nuestra Patria.

Muchos profesores y alumnos que acompañaron y respaldaron en 1967 esa revolución, no percibieron a tiempo sus intenciones últimas, debiendo sufrir muy pronto la amarga sensación de haber sido traicionados o engañados.

Una visión muy clara, en cambio, de la profunda gravedad que encerraba lo que estaba aconteciendo en esta Universidad, hizo que surgiera el Movimiento Gremial, que tan importante papel jugaría luego en el acontecer nacional.

El gremialismo nació así como la afirmación de un ideal fundado en principios



permanentes, frente a la ilusión de los mitos y la insubordinación respecto de toda norma moral objetiva, que parecían apoderarse de la convivencia social.

Creció como el testimonio de una profunda convicción de que el verdadero progreso sólo se logra en la fidelidad de cada ser a su propia naturaleza, vocación y finalidad, dentro de la armoniosa jerarquía que impone el orden natural de lo creado, por contraposición a la utopía masificante y artificialmente igualitaria.

Se consolidó en la comprensión de que la defensa de los principios cristianos y de la libertad del hombre, exigen una lucha sin transacciones ni debilidades en contra del totalitarismo, y especialmente del marxismo, siempre presto a promover una confusión intelectual y moral de la que invariablemente resulta ser el mayor beneficiado.

Porque advertía que eran estas disyuntivas cruciales las que estaban en juego, el gremialismo defendió resueltamente el principio de autoridad, personificado en el Rector Monseñor Alfredo Silva Santiago, que con razón señalaba al jefe de los estudiantes revolucionarios, en carta abierta de 17 de Agosto de 1967, lo siguiente:

"Sería del todo conveniente que revisaran ustedes también el Reglamento de su propia Federación y la democratizaran, de tal manera que ella pudiera tener una expresión distinta de las barricadas y las alambradas, que siempre son denigrantes para la libertad, la dignidad y la cultura".

Por esa misma razón, fue que el Comando estudiantil que rechazaba la "toma" de la Universidad, encabezado por el entonces Presidente del Centro de Derecho, Jaime Guzmán, junto con denunciar la ocupación violenta de este recinto como arbitraria, formulaba el 19 de Agosto una pública advertencia, cuya validez quedaría comprobada muy poco tiempo más tarde:

"Cuando la violencia se convierte en el estilo de acción de la vida universita-



ria, cabe preguntarse con fundado temor qué será posible esperar del resto de las actividades nacionales".

Sin embargo, la revolución destructora que tan hondamente amenazaba a nuestra Universidad Católica, y que movía al entonces Decano de Medicina, don Juan de Dios Vial Correa, a manifestar el 12 de Agosto que la "toma" era "una maniobra destinada a establecer el sistema del cogobierno", producía reacciones que desbordaban nuestra Casa de Estudios, ante la evidencia de sus decisivas repercusiones para el futuro de la vida nacional.

Es así como mientras la Federación de Estudiantes demócrata-cristiana recibía el amplio apoyo de "La Nación", diario oficial del Gobierno de la época, al cual se plegaban con similar entusiasmo el órgano comunista "El Siglo", los pasquines izquierdistas "Ultima Hora" y "Clarín", su verdadero y oculto rostro era desenmascarado y combatido por el diario "El Mercurio", con una clarividencia y una valentía que comprometieron para siempre el reconocimiento no sólo de los auténticos universitarios chilenos, sino de toda la opinión pública sana del país.

Aunque el frontis de esta Universidad se cubrió con un letrero injurioso que acusaba a "El Mercurio" de mentir, éste persistió en su denuncia de que lo que aparecía como un movimiento de Reforma Universitaria y de inspiración cristiana, era realmente un caballo de Troya tanto de la infiltración marxista dentro de ciertos sectores que se declaraban cristianos, como del propósito comunista de apoderarse de las Universidades chilenas, para instrumentalizarlas al servicio de sus móviles políticos.

El día 20 de Agosto, la Santa Sede designó al Cardenal Arzobispo de Santiago, Monseñor Raúl Silva Henríquez, como mediador en el conflicto, con facultades para resolverlo.

Al día siguiente, el Cardenal lo daba por solucionado, con una resolución que satisfacía ampliamente a los estudiantes rebeldes, pero que resultaba inaceptable en aspectos fundamentales para el Rector, Monseñor Alfredo Silva Santiago, quien se negó a suscribir la fórmula de arreglo, y prefirió salvar su con-



ciencia renunciando de inmediato a los cargos de Gran Canciller y de Rector de la Universidad.

De este modo, no llegaba a materializarse el propósito de la Santa Sede, que en carta dirigida el 20 de Julio por la Congregación de Seminarios y Universidades a Monseñor Silva Santiago, le decía textualmente: "Es nuestra firme intención que V.E. continúe dirigiendo la Universidad en calidad de Rector y de Gran Canciller hasta el término de su mandato (fin del año académico actual). La adopción de una línea diversa significaría una indecorosa cesión a la fuerza".

El día 23 de Agosto, la opinión pública se imponía de una trascendental carta abierta dirigida al señor Cardenal por el entonces Decano de Economía, don Sergio de Castro. Su título "Triunfo de la fuerza sobre la razón", era elocuente, y en parte de su texto el señor de Castro decía textualmente:

"Es, en consecuencia, un exacto que usted haya actuado como mediador entre las partes, como afirman los diarios. El Consejo Superior, que es una de las partes, no fue oído ni tomado en cuenta en el acuerdo que usted suscribió con los alumnos amotinados. Como profesor universitario, me siento como otra de las partes en este conflicto, y tampoco he sido escuchado sobre un punto crucial para la vida académica, cual es la participación estudiantil en el Claustro Pleno. No quisiera pensar que la omisión se debe a que los profesores no hemos apelado a la violencia y al ataque para exigir ser considerados. Por todo lo dicho, estimo que la palabra interventor describiría mejor que la de mediador, las funciones que usted ha asumido".

Corroboraba a la versión recién citada, la afirmación del Rector en su cable de renuncia enviado a la Santa Sede, en el cual se dejaba constancia de que sólo había sido "notificado por el Eminentísimo Cardenal Silva Henríquez de la fórmula de arreglo a que llegó con la Federación de Estudiantes", y que el propio Cardenal "confirmó con su resolución exclusivamente personal".



La sorpresa de gran parte de la opinión nacional y universitaria, contrastaba con el regocijo del estudiantado rebelde, que proclamando su victoria a los cuatro vientos, devolvía el martes 22 de Agosto de 1967, los locales que 11 días antes había ocupado por la fuerza.

Ese mismo día, el órgano oficial del Gobierno de la época, "La Nación", editorializaba diciendo:

"Es un triunfo del auténtico espíritu universitario, que no podemos sino saludar llenos de alegría por lo que él significa para modernizar las viejas estructuras".

El conflicto había terminado. Pero la escalada de la violencia, del atropello a las jerarquías, y de la destrucción revolucionaria, sólo estaba comenzando.

Al celebrarse el primer aniversario de la "toma" de la Universidad Católica, el 11 de Agosto de 1968, el país recibía atónito la noticia de que un grupo de sacerdotes y laicos se habían "tomado" la Iglesia Catedral de Santiago. Entre ellos participaban los máximos dirigentes de la revuelta estudiantil que un año antes había tenido lugar en nuestra Universidad. ¡Esa era la respuesta que éstos daban al amplio y decisivo apoyo que el año anterior habían recibido de parte del Cardenal Arzobispo de Santiago, para lograr que se impusieran sus exigencias fundamentales en el conflicto universitario!

Pocos meses después, los principales exponentes de la misma generación de dirigentes estudiantiles que había preparado y consumado el asalto al Poder en la Universidad Católica, bajo las banderas protectoras de la Democracia Cristiana, arrojaban éstas definitivamente por la borda, y se incorporaban al naciente MAPU, que pronto definiría su ideología como marxista-leninista y engrosaría las filas de la Unidad Popular.

¡Qué duro habrá resultado para el Gobierno demócrata-cristiano de entonces, comprobar que quienes habían denunciado la infiltración marxista en el movimiento



rebelde de nuestra Universidad, no mentían! ¡Qué aleccionador debiera haber sido para ese Gobierno, ver que se les escapaba de las manos el control político de nuestra Casa de Estudios, que ya creían asegurado, y que los que un año antes se habían beneficiado de su vital respaldo, un año después le volvían la espalda, considerándolo como rémora de una revolución que había sobrepasado definitivamente a las autoridades gubernativas de la época!

Las "tomas" se trasladaron entonces a todas las Universidades, y se extendieron a los campos, industrias y caminos de nuestra Patria. La violencia marxista, cuya expresión extrema del MIR se había estrenado en Santiago el 11 de Agosto de 1967, en apoyo directo al movimiento revolucionario de nuestra Universidad, no reconocía ya límite ni frontera, en medio del vacío de autoridad que vivió Chile entre 1967 y 1970. Los recintos y la vida universitaria se convirtieron en feudos del desorden, de la vulgaridad agresiva, y del violentismo permanente.

El desquiciamiento generalizado de toda la convivencia nacional, fue terreno fértil y abonado para que a fines de 1970, el marxismo llegara al Gobierno de la República.

Pero entretanto, nuestra Universidad Católica había experimentado un vuelco decisivo. En efecto, y luchando en forma tenaz y solitaria, en un combate cuyo éxito parecía imposible, el 24 de Octubre de 1968, con Ernesto Illanes a la cabeza, el Movimiento Gremial obtuvo contra toda predicción, un resonante triunfo en las elecciones estudiantiles y alcanzó por vez primera la presidencia de la Federación de Estudiantes.

Desde entonces, año a año esa victoria se fue repitiendo. Hoy podemos decir con legítimo orgullo, que ese fue un grito de esperanza que brotó del corazón mismo de la juventud chilena, y que constituyó también un presagio de las imborrables jornadas que ésta libró más tarde al servicio de la liberación de Chile.



Como en 1970 se lo enrostrara públicamente a la Rectoría de la época, el segundo presidente gremialista de FEUC, Hernán Larraín, esta Universidad fue cuidadosamente escogida para servir de ariete del marxismo en su ensayo totalitario. Pero gracias fundamentalmente a la actitud resuelta y decidida de nuestro gremialismo estudiantil, la Universidad Católica, en lugar de área estratégica para la revolución comunista, se convirtió en baluarte y vanguardia en la lucha por la libertad.

Los hitos del combate de FEUC en contra del marxismo son muchos y sería imposible reseñarlos circunstanciadamente en esta intervención.

Desde que en Noviembre de 1971 convocó a la primera marcha pública realizada en contra del régimen de la Unidad Popular, hasta las memorables jornadas en defensa del Canal 13 de Televisión o en rechazo de la Escuela Nacional Unificada, el nombre de FEUC adquirió el sello de vanguardia. Aquí recibimos a los mineros perseguidos en 1973 por el Gobierno pasado, y este edificio se transformó en símbolo de la solidaridad juvenil con las mujeres, los transportistas, los comerciantes, los profesionales y todos los sectores de la ciudadanía que reclamaban el término de un Gobierno inmoral y fracasado, y la conjura de la amenaza totalitaria que se cernía sobre los chilenos.

El 3 de Junio de 1973, FEUC abrió la ruta para reclamar la renuncia del señor Allende, al enviarle una carta pública que terminaba diciendo:

"Le pedimos que piense en la tremenda responsabilidad que usted contrae ante la historia y ante el pueblo de Chile, al continuar adelante una acción de Gobierno que la mayoría repudia, que destruye la economía nacional, que llena de odio la convivencia interna y que pone en peligro la seguridad exterior del país. Es inútil que usted pretenda quedar ya como un hombre que gobernó bien a Chile. Su desastre es ya definitivo. Pero todavía le resta a usted un último recurso: quedar como un hombre que, reconociendo su fracaso total como gobernante, tuvo



al menos el patriotismo de evitarle al país las peores consecuencias de sus desaciertos y atropellos".

Y al agravarse los males sin intento real alguno de mejoría por parte del Gobierno marxista, el 30 de Agosto de 1973 nuestra Federación, en conjunto con la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso, publicó un manifiesto titulado: "Hacia una nueva institucionalidad a través de la renuncia de Allende", en el cual se expresaba textualmente:

"El señor Allende debe sentir de que su alejamiento del cargo es reclamado por la inmensa mayoría de Chile, y que su permanencia en él es lo único que verdaderamente podría precipitar a nuestra Patria en un trágico y acaso sangriento abismo".

Frente a lo anterior, resulta fácil comprender el júbilo patriótico y la incontenible emoción con que en la mañana del 11 de Septiembre de 1973, recibimos el advenimiento de la Liberación Nacional.

Lo importante es que comprendamos que ese día significó el fin de una etapa, pero en modo alguno el término de nuestra tarea y de nuestra responsabilidad para con la Patria. Ella continúa hoy bajo formas distintas, pero acaso más exigentes que nunca.

Como lo señalé al comenzar estas palabras, si hoy hemos querido reseñar una historia de 10 años, no es para quedarnos en la comodidad del recuerdo. Así como es la obra que llevamos a cabo después del 11 de Agosto de 1967, la que en esta tarde nos permite realizar con la frente en alto este acto de desagravio a nuestra Universidad que hoy nos ha reunido, será también la cohesión y perseverancia de nuestro aporte a la tarea actual y futura de Chile, lo que nos permitirá hacernos dignos de ese 11 de Septiembre con que Dios quiso premiar el combate de un pueblo y de una juventud que creen en los valores del espíritu.



Así como el que vive de espaldas a su pasado termina deambulando sin rumbo preciso, el que no es capaz de asumir el presente día a día, jamás podrá proyectar hacia el futuro el camino creador de un verdadero ideal.

Ya en 1969, FEUC señalaba que "lo que el gremialismo hace respecto de la Universidad, es susceptible de ser realizado -analógicamente- tanto respecto de la sociedad en general, como de cada uno de sus otros cuerpos integrantes. Y más aún, urge que se haga cuanto antes".

Y agregaba: "La Universidad, al volverse sobre sí, junto con encontrar su esencia, perfila su misión social. Lo mismo pueden y deben hacer otras instituciones. Lo mismo, para encontrar, claro está, algo diferente. Porque si muchos entes distintos emprenden la tarea común de "re-originarse", de reencontrar sus raíces, realizando lo mismo obtendrán conclusiones diferentes, precisamente porque son distintos. Pero en la actitud común, habrá encontrado, dentro de la variedad, la fuente de la armonía; y dentro de la unidad, el impulso de una comunidad. Es la tarea de Chile, que va más allá de un slogan, de una elección o de una revolución".

Esto pensábamos y escribíamos en 1969. Esto seguimos pensando y diciendo hoy día. Lo importante es que hoy, además, están anchas y abiertas las puertas para realizarlo. Los escollos son grandes, pero los horizontes serán siempre mayores, si sabemos ser fieles al ideal de la primera hora, a las exigencias de un ideal permanente.